

FRANCESCO  
RUSSO,  
desde El Cairo

# NASSER SIGUE SIENDO FUERTE

Al borde de la piscina del Nil Hilton, uno de los hoteles peor acondicionados del mundo, un pequeño grupo de occidentales en traje de baño trataban de convencerse de que estaban disfrutando unas vacaciones de lujo. Alguno leía, en el «Progrès Egyptien», en el «Journal d'Egypte» o en la «Egyptian Gazette», que comandos egipcios habían sembrado la destrucción y el pánico en las posiciones israelíes del Sinaí cuando, hacia las diez de una mañana serena y ya cálida, retumbaron contra el cielo los disparos de la defensa antiáerea e inmediatamente después se oyeron como explosiones de bombas. No pude llegar, en lentísimo ascensor, hasta la terraza instalada en el tejado del hotel, desde donde se verían las pirámides si no estuviese cerrada actualmente por razones de seguridad; pero desde una ventana del onceavo piso vi nubes de humo sobre la zona del aeropuerto. Durante media hora, el hotel estuvo a oscuras, y en la cafetería el desayuno fue servido a la luz de unas velas.

Se trataba de la sexta u octava incursión israelí sobre Egipto en los siete últimos días; pero antes, a partir de la guerra de los seis días, aparatos israelíes habían bombardeado localidades a menos de diez kilómetros del centro de El Cairo (los barrios de Meadi y Dashour); el desmantelamiento total, por parte de los israelíes, de las defensas de radar egipcias había quedado totalmente demostrado no sólo por la falta de toda resistencia aérea, sino también por el hecho de que no se hubiese dado ni siquiera la señal de alarma. Las autoridades admitieron que había habido tres «mártires» (es decir, muertos) y doce heridos. Se prohibió a los periodistas visitar la zona bombardeada; posteriormente corrió el rumor de que el total de víctimas estaba entre cien y ciento sesenta.

Durante todo el tiempo que duró el ataque aéreo, poco menos de media hora, no observé ningún síntoma de pánico y ni siquiera de aprensión entre la población. El tráfico continuó con el estrépito acostumbrado. Junto al Nilo, un grupo de mujeres envueltas en negros velos continuó chillando detrás de un fétetro llevado a hombros y casi a la carrera. No vi ni una sola persona que se metiese en alguno de los numerosos refugios aéreos de la capital. Aquella misma mañana pregunté a Ahmed Esmat Abdel-Meguid, portavoz oficial de la RAU, que cómo era posible que los israelíes bombardeasen regular e impunemente el territorio egipcio, es decir, que llevasen a cabo una guerra de penetración sin encontrar resistencia.

Me contestó: «No puede hablarse de impunidad. Se podría, en el caso de que los israelíes se quedasen en Egipto. Pero sus incursiones duran pocos minutos». Esta respuesta necesita un comentario: desde sus bases del Sinaí, los «jets» israelíes pueden llegar hasta El Cairo en dos o tres minutos, mientras que para bombardear Tel Aviv los egipcios tendrían que realizar un vuelo más largo, durante el cual serían casi seguramente interceptados por los «missiles» tierra-aire de los israelíes.

Desde mediados de enero, la situación del Oriente Medio, particularmente en Egipto, se calienta más cada día que pasa. A la guerra de desgaste lanzada por Nasser, como consecuencia de las presiones del movimiento de liberación palestino, Israel ha contestado con la guerra de penetración. La contraofensiva consiste en una serie de bombardeos metódicos de la periferia de El Cairo, cada vez más cerca del centro de la capital, pero también en operaciones espectaculares como la ocupación israelí de la isla de Shadwan, a la entrada del golfo de Suez, con numerosos muertos, heridos y prisioneros egipcios. Nasser, que conoce el estado de preparación de su aviación, se limita a salidas más o menos simbólicas, puramente de propaganda. Pero desde lo de Shad-

wan siente que su posición es cada vez más insostenible; hace, por lo menos es lo que se dice, una visita relámpago a la Unión Soviética, y, según rumores no confirmados oficialmente, anuncia al Kremlin, de cuya protección ahora depende por completo, que las circunstancias le obligan a reanudar la guerra total contra Israel. Los rusos le disuaden: le prometen, a cambio, un sistema de radar y de defensa aérea que será manejado por técnicos soviéticos «civiles». Los americanos, por su parte, imponen a los israelitas la evacuación de Shadwan; si no, Jerusalén puede decir adios a los 25 aviones Phantom y a los 80 Sklhawk que espera añadir a los 50 Phantom ya concedidos.

Pero sí, hacia finales de enero, las dos superpotencias logran evitar una cuarta guerra árabe-israelí, la escalada hacia la guerra seguía de todas formas.

En un despacho de «Al Akhbar» pregunté a Hassan Ragab, que dirige el centro de documentación del periódico, uno de los de más amplia difusión en Egipto, qué fines son, en su opinión, los que desean conseguir los israelíes por medio de sus «raids». «Quieren someter el frente interno —responde— para negociar con nosotros desde una posición de fuerza, es decir, sobre la base de su victoria de junio de

mil novecientos sesenta y siete. Pero no lo conseguirán jamás, porque la población está toda detrás del presidente». Esta respuesta es ciertamente propagandista, lo que no debe extrañar a nadie si se piensa que la prensa egipcia está nacionalizada; no obstante, refleja fielmente el actual punto de vista egipcio: Nasser estaría dispuesto a elaborar un «modus vivendi» con Israel pero sobre la base de la resolución del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas del 22 de noviembre del 67, que exige la retirada de Israel de los territorios ocupados en junio de ese año, y quizá estaría también dispuesto a discutir el plan americano del 28 de octubre del 69, el plan Rogers, que prevé, además de la retirada de las tierras conquistadas en el 67, garantías respecto a la seguridad y las comunicaciones de Israel por parte de sus vecinos árabes. Sin embargo, toda tentativa de negociación en esta dirección es obstaculizada por la intransigencia de Israel, que rechaza toda forma de internacionalización del problema y cualquier solución que no sea la de una negociación directa con los árabes, es decir, la negociación entre el vencedor y los vencidos.

«Nos esperamos una guerra larga y difícil», me dice Ragab. También aquí la consonancia con el pensamiento del Rais es perfecta. Después del famoso discurso del «mar de fuego y sangre» y tras la guerra de los seis días, Nasser se ha convencido de que para expulsar de Palestina al pueblo de Israel hará falta mucho tiempo, quizá siglos; a este propósito se complace en recordar el precedente de las Cruzadas: ¿no tardó el Islam casi doscientos años en demoler los feudos de los cruzados en el Oriente Medio? El gobierno, pues, trata por todos los medios de preparar al público para un prolongado esfuerzo bélico. La prensa no oculta a los lectores los fracasos bélicos, las condenas a muerte de los militares que no supieron defender el sistema de radar de Ras Gharib.

## CHISTES DE LOS DISIDENTES

Para mostrar a los egipcios cómo se defiende uno de los «blitz» se pasa por televisión la película «The Battle of Britain» (que ya se ha estrenado en los cines y que han visto muchos).

«Nasser —me dicen en El Cairo— no es ya para nadie el hombre que unificará el mundo árabe, y ha renunciado ciertamente a fomentar revoluciones nacionales y sociales contra regímenes árabes reaccionarios. Sin embargo, su retrato aparece en todas las tiendas

y cafés; para los egipcios, Nasser sigue siendo el símbolo de su dignidad nacional».

Ciertamente que en El Cairo hay una atmósfera de guerra o más bien bélica. Se ven alambradas a lo largo del Nilo. Delante de los portales hay, a veces, pequeños muros que sirven para protegerlos de las bombas. En cada piso del edificio de la televisión y de otros inmuebles públicos, apostado detrás de sacos de arena, un militar con uniforme caqui apunta con su metralleta a la gente que forma cola para entrar en el ascensor. En el museo de arte egipcio, los tesoros de la tumba de Tutankamen y los relicarios más importantes se hallan protegidos por sacos de arena. Está prohibido fotografiar en cualquier lugar elevado, los tejados de los hoteles, las cimas de las pirámides, las cúpulas de las mezquitas: el desgraciado Romano Midollini (saxofonista italiano acusado de espionaje y condenado a quince años de cárcel) no sabía que en el puerto de Alejandría hubiese naves rusas. A las seis de la tarde, unas densas tinieblas envuelven El Cairo, pero las calles polvorrientas y los cafés oscuros están llenos de gente alegre y animada. Muchas veces me he preguntado en El Cairo si en Egipto existe una oposición a Nasser y a la guerra. Probablemente, si es que existe una oposición, o es personal y privada y no puede expresarse porque no hay libertad de opinión, o no está articulada, y por estas razones no encuentra expresión política.

Dicho de otro modo, la vieja clase burguesa del Wafd ha sido eliminada por completo; los impenetrables fellahin tienen un bajísimo nivel de educación y pueden expresarse políticamente sólo en la medida en que apoyan al régimen; la clase de los profesionales está estrictamente integrada dentro del régimen. Sin embargo, quien recuerda que hasta los tiempos del rey Faruk, los egipcios se caracterizaban por un humorismo bastante caústico y nihilista, no acierta a creer que, a pesar del control de la información y la disciplina a que se hallan sometidos los estudiantes, las decisiones del Gobierno se acepten sin crítica alguna. Se oyen chistes como éste: «Las fuerzas egipcias han tardado nueve meses en destruir el sesenta por ciento de las posiciones israelíes en el Sinaí, ¿cuánto tiempo tardarán en destruir el cien por cien restantes?». Y este otro, referente a la eficacia y el valor de las fuerzas sirias, que circula por los cafés de El Cairo: «La única manera de vencer a los soldados sirios para que invadan Israel consiste en hacerlos venir a Egipto, porque tan



pronto como llegasen aquí, tomarían el camino más corto para volver a Siria».

Hay también un chiste que pone en tela de juicio la comprensión popular del problema nacional número uno. Después de un curso de educación política elemental, un recluta fellah es sometido a examen. Pregunta: «¿Para qué debe servirte este fusil?». Respuesta: «Para combatir a los israelíes». «Estupendo, y ¿por qué?». «Porque son sionistas». «Muy bien. Pero sígo preguntándote, ¿por qué?». «Porque son imperialistas». «Estupendo, ¿por qué también?». «Porque son colonialistas». «Formidable. ¿Y por qué más?». «Porque son unos asquerosos cristianos».

Los israelíes tratan de impedir que Nasser acepte las propuestas de William Rogers. Pregunto a Ragab cómo se explica en Egipto la «arrogancia» israelí. «De dos maneras —me contesta—. En primer lugar está la base fanática, mesiánica del sionismo, que condiciona la política israelí y que ahora, apoyándose en la autoridad de los textos bíblicos, ha llegado a la abierta glorificación de la guerra y de la potencia, del "pueblo elegido", protegido por el "dios de los ejércitos", etcétera. En el Estado de Israel hay una derecha muy influyente, imperialista, que sueña con el viejo Imperio de David y de Sa-

uso de su autoridad para impedir que los feddayin hagan acciones hostiles contra Israel?». Contesta: «Nunca podríamos impedir que la resistencia palestina combatiese por sus derechos».

Es evidente que el diálogo árabe-israelí está obstaculizado por la cristalización de actitudes irracionales por ambas partes. Uno tiene, en resumidas cuentas, la impresión de que la contestación árabe del imperialismo israelí es, en realidad, un velo bastante trasparente que trata de ocultar la contestación de la propia existencia de Israel; que, en definitiva, la implantación forzada en tierra árabe de esta cabeza de puente del Occidente, ligada de forma muy especial con Estados Unidos, es un trauma que la conciencia árabe no es capaz de superar, y que la toma de conciencia de la inutilidad fundamental de toda negociación de paz obliga a los israelíes a la fuerza y al culto de la fuerza. Como escribió John Glubb, ex comandante de la famosa legión árabe transjordana, en la revista «Affari Esteri»: «Los feddayin no pueden derrotar a Israel, pero sí hacer imposible la paz, torpedeando cualquier acuerdo».

## EN EL LIBANO MERCANTIL

Egipto tiene planteado además un auténtico problema nacional: si al Estado de Israel, esa isla de la tecnología y de la civilización occidentales en el mundo árabe, se le consintiese desarrollarse libremente, terminaría por ejercer, sobre toda la circundante área de subdesarrollo, una atracción que acabaría siendo fatal para el papel de guía que reivindica para sí Egipto en los famosos «tres círculos», el círculo árabe, el musulmán y el africano. Ya en Africa, el espíritu emprendedor israelí ofusca las iniciativas egipcias. En el terreno cultural, las cuatro universidades egipcias atraen a gran cantidad de estudiantes del Tercer Mundo; si a Israel se le permitiese «mediorientalizarse» libremente, no le resultaría difícil sustituir a Egipto por lo menos en el campo de la cultura tecnológica. En el Líbano mercantil y pacifista me ha ocurrido más de una vez conversar con estúpidos hombres de negocios mediterráneos que, en medio de un breve delirio, muy pronto sustituido por el pesimismo, se abandonaban a la visión de un Israel poderoso, a su vez bajo la sombrilla americana, una zona de paz en la que todos, musulmanes, hebreos y cristianos de buena voluntad podrían traficar con lucro sin tener que preocuparse por los refugiados palestinos.